

EL CONFLICTO ARMADO EN COLOMBIA

MARCO HISTORICO GENERAL

General ALVARO VALENCIA TOVAR

INTRODUCCION

A partir de 1947 Colombia entró en un proceso de violencia de progresivo agravamiento. Una herencia de guerras civiles entre los dos grandes partidos históricos, generadoras de odios, rencores, sectarismo apasionado, reaparecía después de tres generaciones de relativa paz para enfrentar de nuevo a los colombianos. Esta reyerta en nada se parecía a las confrontaciones armadas decimonónicas, como no fuese en el absurdo de una lucha de inspiración citadina, pero que hallaba en el agro la carne de cañón de un campesinado ignorante y fanático, fácil de llevar al sacrificio por el color de una bandera y el rótulo engeguecedor de un partido político.

Este encadenamiento de violencias, para muchos tiene su origen remoto en el acto brutal de la conquista. Se manifiesta así mismo en el sanguinario concepto de la justicia española en tiempos coloniales, como ocurrió con el bárbaro suplicio impuesto a los capitanes comuneros en 1782. Este encadenamiento, continuado con la Guerra de Independencia, indicaría una naturaleza violenta en el hombre colombiano, fatalmente inducido a conductas feroces por atavismo insuperable.

La experiencia, deducida del mando sobre tropas procedentes de todos los rincones de Colombia durante casi cuatro decenios, y la actuación en zonas afectadas por perturbaciones profundas del

orden público, indica que esta aseveración carece de fundamento real. El colombiano es marcadamente dúctil a la influencia de los líderes y ajusta su comportamiento al tipo de dirección que recibe. Sobre todo en el campo, donde la sumisión a la autoridad fue característica de su conducta, hasta que factores fuera de su control lo arrojaron, bajo el imperio de caciques, gamonales y jefes políticos, por la vertiente de la violencia. Así se le precipitó a un abismo del cual no ha sido posible extraerlo, no porque persista en estados violentos sino porque los estímulos que recibe lo inducen más a permanecer en ellos que a superarlos.

Lo que sí es preciso reconocer en el colombiano, es una predisposición a la reacción violenta más elemental que volitiva. Está en su sangre española y aborigen con mezcla africana. De ahí que sea tan fácil inducirlo al sectarismo fanático, a la acción armada, a las vías de hecho para superar situaciones que podrían resolverse razonablemente. Por ello, la responsabilidad de las autoridades y de los conductores políticos es tan alta en una sociedad más pasional que reflexiva, propensa a la reacción primaria y hoy rodeada de ambientes explosivos y accionada por fuerzas de ruptura social.

CONTRASTE ENTRE DOS MITADES DE SIGLO

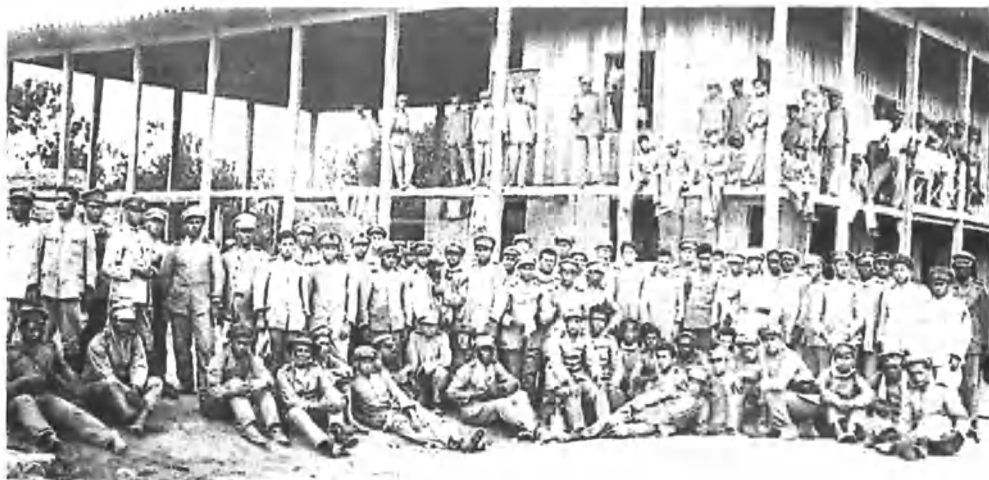


El tránsito entre el Siglo XIX y el XX encuentra a Colombia sumida en la más sangrienta, costosa y destructora de todas sus guerras civiles. Su duración le dio un nombre trágico: **Guerra de los Mil Días**.

Fue un tremendo holocausto cuyo precio en vidas humanas nunca podrá conocerse con exactitud. La batalla de Palonegro, librada del 11 al 26 de mayo de 1900, comprometió a más de veinte mil combatientes de los dos bandos, el doble de los que lucharon en Ayacucho, la más grande entre las batallas de la Independencia. El General Rafael Reyes, uno de los grandes estadistas de nuestra historia, tomó en 1904 un país en ruinas morales y físicas, deprimido profundamente por el cercenamiento de Panamá el año anterior, transformó en cinco años su fisonomía y su espíritu, colocando los cimientos

de una convivencia nacional que abarcaría cuarenta y tres años, alterada tan solo por brotes episódicos en comarcas caracterizadas por pasiones banderizas y choques ancestrales.

Dos cambios de gobierno, ocurridos en 1930 y 1946 dentro de ciertas similitudes de circunstancias políticas y socioeconómicas, transcurrieron en forma democrática. Todo indicaba que se había alcanzado la madurez republicana que podría gobernar en adelante el proceso político colombiano. Se presentaron, es cierto, choques sectorizados entre 1931 y 1932, conjurados por la ola de nacionalismo patriótico que unificó el país frente a la ocupación peruana de territorios amazónicos, reconocidos para Colombia por el Tratado Lozano - Salomón de 1928.



Tropas del Batallón Boyacá (1a. Compañía) en Puerto Asís, mayo de 1993

Se repitió el fenómeno en 1947, pero ya sin el amortiguador de un conflicto externo. En cambio la calidad de la conducción política demostró notoria inferioridad, particularmente en los niveles medios y bajos de la estructura partidista, mientras que los altos se dejaron envolver por una atmósfera de agudo sectarismo en la que prevalecía la pugna obsesiva por el poder. Los vencedores en las elecciones de 1946 querían adueñarse lo antes posible de la maquinaria burocrática del Estado, en tanto los vencidos, conscientes de su mayoría electoral, no se resignaban a perderla.

La institución política que en forma más aguda se resintió con la crisis, fue el parlamento. Allí se escenificaron incidentes de extrema gravedad, que incluyeron silbatinas orquestadas para impedir el uso de la palabra y sabotear el curso de los debates, e incidentes sangrientos cuyos ecos llegaban a todos los rincones del país, dado que las sesiones se transmitían por radio con su explosiva carga de sectarismo e incitaciones a la violencia que, al descender a los bajos estratos de ese pueblo predispuesto a la reacción elemental, encontraron terreno abonado.

La politización de la autoridad, el empleo partidista de la Fuerza Pública iniciado por policías municipales y departamentales reclutadas en forma discriminatoria y sin sentido profesional, en momentos en que no existía un cuerpo policial apolítico, se convirtió en acelerador del proceso

de ruptura. Cuando la expansión del conflicto superó la capacidad policial, el Ejército fue comprometido en forma gradual, dando lugar a que se confundiera su lealtad al Gobierno legítimo con alianza con el partido que lo constituía.

Otros ingredientes se introdujeron en el proceso de ruptura, que fue sufriendo una metamorfosis gradual. Bien pronto se engendraron motivaciones económicas que deterioraron aún más el fenómeno, pues propiedades, cosechas, ganados se convirtieron en objetivos de la reyerta disfrazada de partidismo político. El mal se fue extendiendo como gangrena por la geografía nacional, de manera que para 1953 una virtual guerra civil no declarada se había adueñado del país, con excepción del litoral Atlántico y Nariño.

El Gobierno Militar, encabezado por el General Gustavo Rojas Pinilla, aunque abrió una pausa en el exterminio sangriento, no acertó a conjurar sus raíces profundas. Gobernar con un solo partido cuando la violencia sectaria se hallaba a flor de piel, fue un error que permitió la recurrencia del fenómeno con intensidad tal que, al terminar el cuatrienio la violencia se había vuelto a adueñar de los campos a excepción de los Llanos Orientales donde la paz tuvo características más estables.

Tampoco el Frente Nacional consiguió extirpar la violencia. Habían cesado las razones partidistas que

la iniciaron, pero en los diez años de enfrentamiento entre las dos colectividades históricas había cobrado su propia dinámica, que siguió dos direcciones distintas aunque entrelazadas: bandolerismo como afecto del deterioro moral y de las desviaciones

LA GUERRILLA COMUNISTA

El choque sectario de los partidos políticos tuvo el agro como principal escenario, lo que dio lugar a la aparición de guerrillas improvi-



síquicas sufridas por los combatientes durante el proceso, y guerrillas revolucionarias comunistas, efecto de la confrontación Este-Oeste entre las superpotencias surgidas de la Segunda Guerra Mundial.

Se advierte, pues, un nítido contraste entre las dos mitades del Siglo XX. Pacífica y estable la primera, permite reforzar el aserto de que la violencia no es una constante insuperable de la vida colombiana. Turbulenta y guerrera la segunda, con una dirigencia belicista e irresponsable y unos agentes accionados por esta: el pueblo campesino, elemental y fanático.

sadas que enfrentaban a la Fuerza Pública recurriendo al instinto, a la naturaleza del terreno, al encubrimiento de la noche y al apoyo de la población civil del mismo color político, con el primitivismo de este tipo de lucha donde quiera que se haya presentado.

A la sombra del conflicto bipartidista hizo aparición la guerrilla ideológica, que ya combatía en diversas partes del tercer mundo, alentada por los partidos comunistas de inspiración soviética. En algunos casos nacieron del seno del partido, en escuelas creadas para el efecto como en Viotá,

Cundinamarca. En otros, capitalizó grupos de combatientes induciéndolos al proceso revolucionario marxista, sin que en medio de la confusión reinante se pudiera saber la identidad de las diversas agrupaciones.

A la caída del régimen en 1957, primero la Junta Militar que sucedió al General Gustavo Rojas Pinilla en la presidencia, luego el Frente Nacional, lograron poner fin a la contienda bipartidista, lo que hizo posible identificar la guerrilla comunista, amparada bajo el nombre de Autodefensa Campesina. Ocupada la región de Sumapaz durante el régimen militar, que había sido organizada por el partido comunista bajo aquel rótulo, y luego su prolongación geográfica meridional, Galilea, las autodefensas se refugiaron en las zonas agrestes de Marquetalia y Riochiquito sobre la vertiente de la cordillera Central hacia el río Magdalena, Pato y Guayabero en la Oriental.

Dichos enclaves fueron denominados en un sonoro debate en el Senado, como Repúblicas Independientes dado el dominio que ejercían sobre la población civil de los contornos, donde realmente no había presencia el Estado.

En diciembre de 1963, a tiempo que la Fuerza Pública destruía las últimas bandas de delincuentes surgidos de la violencia partidista, Pedro Antonio Marín, alias Manuel Marulanda Vélez o Tirofijo, abrió operaciones ofensivas desde Marquetalia. Emboscada a una columna

de abastecimientos entre Planadas y Gaitanía, derribamiento de una avioneta de Avianca con secuestro de los pilotos y cobro de jugoso rescate y asesinato de los pilotos militares que concurren en un helicóptero liviano para efectuar la recuperación de los pasajeros muertos en el avión de Aerotaxi (filial de Avianca). Simultáneamente, en Pato, Guayabero y Riochiquito se registró actividad criminal de las bandas allí establecidas.

La decisión del Comando General de las Fuerzas Militares dio lugar a la Operación Meteoro que produjo la toma de Marquetalia mediante aproximación terrestre y asalto helicoportado, en tanto se buscaba neutralizar a Riochiquito habida cuenta de que se trataba de una antigua reservación indígena, Araújo, sobre la cual se había impuesto la banda comunista capitaneada por Ciro Trujillo Castaño. La idea era conseguir una gradual asimilación de la colectividad agraria a la vida normal del país, sin necesidad de recurrir a la ocupación armada.

Fracasados los intentos de aproximación pacífica, hubo necesidad de ocupar finalmente los baluartes de Riochiquito, Pato y Guayabero, con lo cual se ponía fin al período de las "Autodefensas Campesinas".

APARICION DEL ELN

La revolución cubana había introducido desde 1960 un nuevo

elemento a la lucha insurreccional latinoamericana. Al proclamarse marxista-leninista, Fidel Castro anunció desde La Habana el propósito de convertir el Ande suramericano en una Sierra Maestra. Su modelo revolucionario, distante del soviético tradicional, se caracterizaba por la teoría "foquista" (término acuñado por el periodista e ideólogo revolucionario francés Régis Debray) consistente, en la conformación de focos revolucionarios allí donde existiesen "condiciones objetivas": marginación, pobreza, ausencia del Estado, descontento social, ignorancia, abandono.

En Colombia, el MOEC (Movimiento obrero-estudiantil-campesino) fue el preludio de este tipo de insurgencia ideológica, en el que, apartándose del Partido Comunista Soviético, el cerebro y el corazón de la lucha armada deberían hallarse en algún lugar inaccesible del agro, para multiplicar los focos guerrilleros hasta conseguir el alzamiento general al estilo del que llevó a Fidel Castro al poder.

Levantamientos parciales en el Magdalena Medio y el Vichada fueron desbaratados por el Ejército. El método siguió entonces a la improvisación. En vez de "exportar la revolución" cubana, se optó por llevar a la isla a grupos selectos del ala más radical del partido comunista y entrenarlos allí en técnicas guerrilleras y terroristas, para luego instalar focos en regiones geográficas estratégicamente favorables para iniciar el proceso revolucionario, sobre remanentes de la violencia bipartidista anterior.

El primero de estos grupos se instaló en la región selvática del occidente del departamento de Santander entre los ríos Magdalena y Opón. Entró en acción el 7 de enero de 1965, con el cruento asalto a la población comunera de Simacota, realizado en forma sorpresiva por cuanto no se tenía conocimiento de presencia guerrillera en el noreste del país. Allí apareció por primera vez el autodenominado Ejército de Liberación Nacional, conocido por su sigla ELN.

DE LAS AUTODEFENSAS CAMPESINAS A LAS FARC

El mismo año de 1965, las Autodefensas Campesinas habían reaparecido en Pato y Guayabero ante la falla de no aplicar los planes de consolidación. Preparados por el Comando del Ejército, perseguían la recuperación de las regiones afectadas, mediante su vinculación a la vida socioeconómica de la nación. Al nombre pasivo de autodefensa sucedió otro de mayor acento revolucionario: Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, Farc, émulas del ELN.

Se materializaba así la diferencia entre las líneas revolucionarias soviética, con sus concepciones políticas y estratégicas tradicionales basadas en la insurgencia urbana al estilo de la Revolución de Octubre en Rusia, y a la castrista enunciada por Régis Debray en su obra Revolución en la Revolución.

SURGIMIENTO DEL EPL

La escisión que comenzó a tomar forma entre la Unión Soviética y la China Roja a mediados del decenio de los cincuenta, terminó en ruptura abierta. Los movimientos insurreccionales latinoamericanos se dividieron también entre las dos tendencias en lo político y en lo bélico. En Colombia, militantes urbanos, tanto del ELN como del partido comunista, se desprendieron de sus respectivos troncos y crearon el autodenominado Ejército Popular de Liberación, EPL.

Tuvo esta nueva agrupación guerrillera su asiento inicial en la zona limítrofe entre Bolívar y Antioquia (Simití, San Pablo, Santa Rosa) luego en la región montañosa entre el sur de Córdoba y el norte de Antioquia. Su línea revolucionaria, tomada de Mao Tse-tung, seguía los lineamientos de la guerra campesina revolucionaria del dirigente chino, que condenaba abiertamente el "revisionismo" soviético surgido a la muerte de José Stalin.

EL MOVIMIENTO 19 DE ABRIL

El debate sobre el resultado de los comicios electorales de 1970, dio lugar a la aparición de una nueva línea revolucionaria, concretada en el Movimiento 19 de Abril surgido del seno de la Alianza Nacional Popular fundada por el General Gustavo Rojas Pinilla.

Con una ideología política difusa, de contornos nacionalistas inspirados

en el movimiento tupamaro del Uruguay, se caracterizó por la espectacularidad de sus acciones que muchas veces habían de cambiar rótulos periodísticos por sangre. Bajo el comando de líderes jóvenes e impetuosos, siguió una trayectoria oscilante, urbana en sus inicios inciertos, rural cuando sus redes ciudadanas fueron descubiertas y desmanteladas por el Ejército a raíz del robo de cerca de 5.000 armas en un depósito del Cantón Norte, realizado durante las festividades del año nuevo de 1979.

La toma de la Embajada Dominicana en Bogotá, ejecutada por el núcleo que sobrevivió al desastre anterior, le dio nuevo oxígeno al casi extinto movimiento, que trató de trasladar al agro el centro de gravedad de sus operaciones, tocadas siempre por un costoso sensacionalismo; desembarcos sobre la costa occidental del país, tomas sangrientas de Mocoa y Florencia, aventura del buque Karina adquirido junto con considerable cantidad de armamento en Alemania, parte del cual se desembarcó en la Guajira y de allí se llevó por aire al río Orteguzza, naufragio del Karina cerca a Buenaventura por acción de una unidad naval de la Armada Nacional e ingreso ruidoso a los procesos de paz de comienzos del decenio de los ochenta, marcan su accidentado itinerario, que tiene el más trágico momento en el asalto al Palacio de Justicia en acto terrorista que costó la vida al grupo ejecutor.

LA INSURGENCIA Y LOS PROCESOS DE PAZ



Intentos de aproximación a las fuerzas guerrilleras, realizados en 1982, demostraron la actitud refractaria de los subversivos a cualquier forma de arreglo pacífico del conflicto armado. Sin embargo entre 1982 y 1986 se realizaron intensos esfuerzos por el Gobierno, que condujeron a la firma de acuerdos sobre cese al fuego con los diversos grupos, excepción hecha del ELN.

Al no definir con claridad los puntos sustantivos de la cuestión, consistentes en la desmovilización de las fuerzas insurgentes y la dejación de las armas, los acuerdos se tradujeron en positivas ventajas para los insurrectos, al paralizar las operaciones militares y dejar grandes espacios vacíos que fueron

ocupados por nuevos frentes guerrilleros mediante el desdoblamiento de los que ya existían.

La cuenta toma del Palacio de Justicia el 6 de octubre de 1985 por el M-19 fue el toque de muerte a los frustrados procesos de paz. Sin embargo, en el cuatrienio siguiente se diseñó por el Gobierno una nueva estrategia de paz basada en etapas sucesivas de cese de fuegos, concentración de los grupos en áreas previamente acordadas, distensión, desmovilización y reinserción. El M-19, el Movimiento Indigenista Quintín Lame, el Partido Revolucionario de los Trabajadores, el Movimiento de Autodefensa Obrero y el EPL se acogieron al proceso, no así las

Farc y el ELN que prosiguieron por la vía de la revolución violenta hasta el momento actual, luego de frustrados intentos de negociación en Cravonorte, Caracas y Tlaxcala.

Los intentos de paz negociada demostraron que los movimientos subversivos, tal como lo proclamó el ELN en un documento impreso, no han buscado realmente la paz mediante acuerdos negociados, sino utilizando las conversaciones como una nueva etapa de la lucha revolucionaria, que les permita ampliar el espectro de su acción político-militar e internacionalizar el conflicto en busca de apoyo externo.

EL MOMENTO ACTUAL

El año de 1996 registró intensa actividad guerrillera, de la cual cabe destacar los siguientes aspectos:

1. Asociación cada día más estrecha entre los frentes de combate y las organizaciones criminales del narcotráfico.
2. Movilizaciones "campesinas" de protesta en gran escala, organizadas por la Farc en territorios amazónicos donde existen cultivos de coca y plantas de procesamiento, ante la actividad gubernamental de erradicación de los mismos.
3. Interdicción agresiva del sistema vial, incluyendo destrucción de vehículos que no acatan las órdenes de inmovilización del transporte, en forma coordinada con actos terroristas contra

oleoductos, torres de interconexión eléctrica y sabotaje limitado contra organizaciones empresarias en particular Ecopetrol.

Además de lo anterior, la práctica del secuestro continúa realizándose, pese a las protestas ciudadanas, en diversas ciudades del país. Los 60 soldados secuestrados en la base militar de Las Delicias continúan en poder de las Farc, que han hecho de ellos instrumento propagandístico y medio de imponer condiciones al Gobierno Nacional en busca de abrir espacios para el acceso a insumos necesarios para la elaboración de cocaína.

No dan muestra los dos movimientos guerrilleros supérstites de buscar posibilidades de reabrir los procesos de paz. Por el contrario, ambos se han pronunciado abiertamente en el sentido de no entablar conversaciones con el actual Gobierno. Sin embargo, en las regiones de Urabá y Córdoba se entregó un número apreciable de combatientes de la disidencia del EPL que no se había plegado a la desmovilización de su grupo y había sido virtualmente capitalizada por las Farc.

A propósito, la llamada Coordinadora Nacional Guerrillera, que en apariencia trató de concentrar las operaciones de los diversos movimientos armados sin lograrlo, solo hace acto de presencia cuando se entablan diálogos o negociaciones de paz, con el obvio propósito de unir fuerzas ante el Estado y dar la impresión de unidad revolucionaria ante la opinión pública colombiana así como en el ámbito internacional.